

tención en el cúmulo de asuntos que constituyen la cosa pública, el Gobierno ha cometido con vd. una injusticia, en la que me toca la mayor parte, puesto que conozco á vd. mucho mejor que ningún otro miembro del mismo Gobierno; esa injusticia consiste en haber olvidado, en una época en que se procura atender á todos los buenos hijos de la Patria, á vd., que ha demostrado tan largamente, y en épocas de dura prueba, ser tan bueno como el mejor de ellos.

«El Sr. Presidente ha querido reparar tal injusticia y me ha ordenado dar á vd. de alta en el Ejército, en su clase de General Coronel, con residencia en Parras, y percibiendo el haber de su empleo en la Jefatura de Hacienda de Coahuila: tengo, pues, el gusto de adjuntar á esta carta las comunicaciones respectivas.

«Al mismo tiempo me permito rogar á vd., por nuestra antigua amistad, que se sirva aceptar esta disposición del Sr. Presidente, puesto que ella representa, no el más mínimo favor, sino apenas una reparación á la injusticia cometida con vd.; injusticia que no hubiera durado tanto tiempo, si venciendo su genial modestia y desinterés, se hubiera servido indicarme de cualquier manera que existe todavía nuestro antiguo *Jefe de la batalla de Santa Isabel*.

«Sabe vd. que, con los mejores sentimientos, soy su afectísimo amigo y S. S., F. NARANJO.—Rúbrica.»

Después de la lectura de este documento, altamente significativo por su carácter oficial y por ser la expresión espontánea de la verdad, vertida sin reticencias ni temores por un soldado que se cubrió de gloria en la batalla de Santa Isabel, sellando con su sangre el triunfo alcanzado, antójase nos haber cerrado estos artículos con broche de oro; porque en la rectificación histórica que hemos emprendido, *broche de oro* viene á ser la prueba concluyente con que ponemos fin á nuestra empresa, esperando que vd., querido Director, y sus apreciables compañeros de labores periodísticas, se persuadan de que hemos tenido razón al asegurar que no fué el Sr. General Treviño el héroe de la batalla de Santa Isabel, y de que no hemos dado al *César lo que es de Dios ni á Dios lo que es del César*.

—>LA BATALLA DE SANTA ISABEL.<—

Mañana empezaremos á publicar nuestra contestación á los artículos del colaborador de «La Gaceta de Parras.»

Nos proponemos demostrar:

1º Que el Coronel Gerónimo Treviño preparó y dió la batalla de Santa Isabel, en la que las fuerzas republicanas obtuvieron, á sus órdenes, una gloriosa victoria contra los franco-traidores, el 1º de Marzo de 1866.

2º Que el Sr. General Viesca, Gobernador y Comandante militar del Estado de Coahuila, llegó al campo después de haber dictado sus disposiciones para la batalla el Coronel Treviño, y cuando ya todas las fuerzas ocupaban sus puestos respectivos.

3º Que el Coronel Gerónimo Treviño dispuso de los prisioneros, pertrechos y armas tomadas al enemigo.

4º Que el Coronel Treviño rindió parte oficial de la batalla de Santa Isabel al General en Jefe del Cuerpo de Ejército del Norte.

5º Que la carta en que el Presidente de la República felicitó al General Viesca por la victoria de Santa Isabel, no es un documento probatorio contra nuestras afirmaciones, por cuanto á que fué escrito antes de que por los conductos debidos tuviera el Presidente noticia de ese hecho de armas.

6º Que la historia «México á través de los siglos» incurre en una falsedad, debida á la falta de datos y á las noticias inexactas que tuvo á la vista el Sr. Lic. D. José María Vigil, al relatar el episodio histórico en referencia.

Cómo se conoce la verdad histórica.

Antes de exponer en conclusiones generales los resultados de la investigación que hemos emprendido para fijar de una manera definitiva la verdad de los hechos ocurridos en Santa Isabel el 1º de Marzo de 1866, pondremos en conocimiento del público todos los materiales que habrán de servirnos al efecto.

En primer lugar hemos ocurrido á los actores principales de estos acontecimientos, y gracias á un concurso de circunstancias verdaderamente feliz, podremos insertar sucesivamente en nuestras columnas los siguientes documentos de capital interés en la cuestión:

1° Carta dirigida por el Sr. General de División D. Francisco Naranjo, al Sr. Gral. D. Andrés S. Viesca, con fecha 17 del mes en curso, en la que se hace una exposición minuciosa de los hechos que presencié como testigo ocular el mencionado General Naranjo.

2° Carta dirigida por el Sr. Coronel Pedro A. Gómez á esta redacción en la que declara sobre todos los hechos que le constan como Mayor General de Caballería del «Ejército del Norte,» con cuyo carácter tomó parte en la Batalla de Santa Isabel.

3° Carta dirigida por el Sr. General de División D. Gerónimo Treviño al Sr. General Viesca, interpellándole sobre los hechos en dicha carta sostenidos, y que son los que ocurrieron en Santa Isabel durante la acción de armas del 1° de Marzo de 1866.

4° El parte oficial rendido por el Coronel Gerónimo Treviño al General de Brigada D. Mariano Escobedo, Jefe del Cuerpo del «Ejército del Norte.»

5° Otros datos importantes que aún no estamos autorizados á publicar pero que publicaremos al recibir dicha autorización.

×

De la carta dirigida por el General de División D. Francisco Naranjo, al General D. Andrés S. Viesca, tomamos solo la parte perteneciente á nuestro objeto.

En la época en que se libró la Batalla de Santa Isabel tan conocida en la Historia Patria, la frontera en los Estados de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, estaba mandada en Jefe por el General de Brigada entónces, Mariano Escobedo, asumiendo el mando militar y civil de los tres Estados referidos, con facultades amplias para remover y nombrar toda autoridad que demandara la situación.

El expresado General Escobedo, en Jefe del Ejército del Norte, dividió en Zonas militares los Estados de su mando y en Nuevo León encargó del mando de Oriente, al entónces Coronel Gerónimo Treviño, del Sur al Coronel Pedro Martínez, y del Norte al que suscribe.—Los tres Jefes mencionados mandábamos la 1.^a, 2.^a y 3.^a Brigadas de caballería, del Ejército del Norte, siendo jefe de la 1.^a Treviño, de la 2.^a el que suscribe y de la 3.^a Martínez.

Los Jefes de las expresadas brigadas teníamos amplias facultades para emprender operaciones sobre el enemigo, dando cuenta de nuestros movimientos al Cuartel General, con la obligación

de ordenanza, de subordinarnos al más antiguo con mando de los que concurrieran á un hecho de armas.

En diferentes operaciones en que nos reunimos varios Jefes de Zonas y Brigadas, el Coronel Treviño asumía el mando en Jefe ó el de 2° en jefe, presente el General Escobedo. Así pasó en las diferentes expediciones hechas en esa época en los Estados de San Luis, Tamaulipas y Nuevo León, teniendo de hecho, el carácter de 2° en jefe del Ejército del Norte el repetido Coronel Treviño.

A mi pesar me he extendido en los relatos de la situación militar en esta frontera. Mas en el curso de esta carta verá Vd. que al hacerlo me impulsa la idea de expresar hechos, que comprueben mi dicho sobre el asunto, motivo de ella.

Algunos meses ántes de efectuarse la Batalla de Santa Isabel, el Coronel Treviño consertó con el que esto escribe, atacar la plaza de Parras á la primera oportunidad que se presentara, uniendo las brigadas á nuestras órdenes y los demás elementos que pudieran utilizarse en Coahuila, inmediatos á aquella plaza.

En Febrero de 1866 creímos que era llegada la hora de poner en práctica nuestro proyecto, teniendo la aprobación del Cuartel General para su expedición.

En Villaldama, mi Cuartel General, se formó una columna compuesta de las Brigadas de Caballería 1.^a y 2.^a, de la cual columna tomó el mando el Coronel Treviño, quien le dió el carácter de 2° en jefe de la expresada columna al que suscribe, y el de Mayor General al Coronel Pedro A. Gómez.

Entiendo que á petición del jefe de esta columna, ó con órdenes del Cuartel General, fueron citadas á concurrir á nuestra expedición, las tropas de Coahuila inmediatas á la plaza que se pretendía ocupar. El caso es que debían incorporarse á nuestra columna las fuerzas de ese Estado á inmediaciones de Parras.

La columna nuestra, á marchas forzadas, llegó á la Hacienda de Santa Isabel á la una de la tarde del día último de Febrero, acampando en la llanura frente á las casas de la finca. Como vd. sabe, Santa Isabel dista de Parras dos leguas más ó menos. Estábamos al frente del enemigo. Por avisos que el Coronel en Jefe recibió ese día, supo que las tropas de Coahuila no podrían incorporárenos hasta por la noche.

No contando para el ataque proyectado con las tropas de ese Estado en ese día, se resolvió esperarlos y tomar posiciones. En tanto que nuestros soldados tomaban su rancho, el Coronel en Jefe, acompañado por el que suscribe y por su Estado Mayor reconoció el campo y designó con precaución los puntos que debían cubrirse, siendo el centro de la línea la pequeña colina distante de las habitaciones de la Hacienda unos doscientos metros más ó ménos, y ordenó que al llegar la noche, se ocuparan las posiciones designadas, con la tropa que carecía de sable, trasladando ésta sus caballos ensillados en punto determinado al Mayor General.

Dispuso que tropa de la Legión del Norte, y Carabineros de Lampazos que tenían sable, formaran una columna á las órdenes del Teniente Coronel Garza Leal.

Llegó la noche, y dos horas después, estaban ocupadas las posiciones de la línea y la columna de carga como se había ordenado.

Las músicas de la Legión y Lanceros de Lampazos con todos los asimilados inútiles para el combate, se situaron en la Hacienda, y las alturas de ésta, se coronaron con un piquete de Caballería desmontada.

Las fogatas siguieron encendiéndose en la línea ocupada durante el día para ocultar al enemigo nuestro cambio de posición.

A las nueve ó diez de la noche llegó vd. á nuestro campamento con las tropas de Coahuila; como vd. recordará, las demás tropas de la Laguna de ese Estado, al mando del Coronel González Herrera, no podrían llegar á nuestro campamento sino al día siguiente. Nuestro cuerpo de exploradores dió parte de que una fuerte columna al mando del General francés Douay marchaba por el camino de la Sabanilla y que debía estar esa noche á dos jornadas de Parras; que otra columna procedente del Saltillo avanzaba por el camino del Chiflón y que estaría á la fecha equidistante de Parras á la que venía por la Sabanilla. Los exploradores del rumbo de la Laguna comunicaban que la columna de franceses salida de Durango pernoctaría en la Hacienda del Burro, situada en la Laguna de Parras. Conocido el avance de las columnas enemigas que venían en auxilio de la Plaza que se intentaba atacar, se resolvió esa noche retirarnos al día siguiente

después de hecha la descubierta. Las tropas de Coahuila, como á vd. le consta, fueron situadas á retaguardia de la línea de batalla que ocupaban las nuestras en punto designado por el Coronel en Jefe. El campamento quedó en la quietud natural de la hora, sin escucharse las conocidas voces de alerta de los centinelas, porque á prevención se había dispuesto que estas voces se sustituyeran con golpes al arma, perceptibles á corta distancia. Serían las tres de la mañana cuando la trompeta de la Mayoría General tocaba orden extraordinaria. Esta disposición extraña para mí, pues como 2º en Jefe estaba al corriente de lo acordado y mandado por el Jefe superior, me hizo ponerme en pié y dirigirme al punto donde se escuchaba el toque mencionado: caminaría 50 metros cuando me encontré con el Coronel Pedro A. Gómez, Mayor General de la columna; ¿qué es esto Coronel? le dije.—Que el Coronel en Jefe, me respondió, dispone que en orden de línea de izquierda á derecha las columnas que ocupan posiciones se retiren de la línea á recoger sus caballos, formando en la carretera que va á Monclova en orden de marcha.—Ya comunicó vd esa orden?—Sí, Señor.—Bajo mi responsabilidad como 2º en Jefe, suspenda la marcha en tanto que hablo con el Coronel en Jefe; mandé á todos los ayudantes que estaban al alcance de mi voz para que suspendieran el movimiento de las columnas y precipitadamente me dirigí á donde estaba el Coronel en Jefe.

Lo hallé despierto. Habría transcurrido media hora de estar hablando con el Coronel en Jefe, indicándole lo inconveniente á mi juicio de dejar las posiciones ántes de amanecer, cuando llegó un enviado á todo escape, mandado por el Jefe de día, comunicando que el enemigo lo teníamos próximo. En esos momentos se oían las detonaciones de nuestras avanzadas que se batían en retirada. *A nuestros puestos*, mandó en alta voz el Coronel en Jefe, y desde luego me trasladé al mío. Repetí la orden de ocupar su puesto al Teniente Coronel Pérez Villarreal, que fué el único jefe de columna que se movió de la línea por su proximidad á la Mayoría General, y este Jefe á paso veloz ocupó su puesto en los momentos que se generalizaba el combate. El Coronel Cepeda, atacó al enemigo simultáneamente que lo hacía Pérez Villarreal y el que suscribe, como lo dice en su parte oficial el Coronel Treviño. Lo demas que asevera el General Treviño en la carta

á vd. dirigida, lo conozco, pues á raíz de los acontecimientos se supo la contestación que vd. dió á él en momentos tan supremos, y que honran tanto á uno como á otro: á vd. por declarar con franqueza su incompetencia para dirigir una batalla, y á Treviño por su modestia en consultar la opinión de vd. Antes de concluir, mi buen amigo y compañero, debo explicar lo que me ha motivado á referir en ésta lo de la retirada anticipada que motivó la orden general extraordinaria. Pudiera transparentarse que yo deo darle importancia en el éxito de la batalla, á mi indicación al Coronel en Jefe; no señor, nada de éso: lo protesto bajo mi palabra de honor. Se sucedieron con tal rapidez los acontecimientos, que seria aventurado colegir, que lo por mí dispuesto previno en modo alguno el éxito de la batalla. Si lo refiero, es porque fué puesto á discusión al Jefe á quien por sus disposiciones y mando en jefe, se debió el triunfo de Santa Isabel.

Necesité narrar el incidente para patentizar que de haber tenido vd. el mando en jefe, indispensablemente me hubiera visto precisado á ocurrir á vd. haciéndole la indicación que hice al Coronel en jefe que mandaba en el campamento. Ahora bien, General; ni las notables glorias de Treviño como soldado y como patriota, ni las de vd. como uno de los ciudadanos mas esclarecidos de esa época de pruebas de buen mexicano, necesitan para brillar el laurel de Santa Isabel; pero la verdad histórica, reclama de los hombres honorables, que no se confunda para no dejar un precedente pernicioso á la generación que nos sucede. Espero de la reconocida caballería de vd., me diga si estoy en lo cierto al afirmar que el Coronel Gerónimo Treviño dirigió la batalla de Santa Isabel desde que comenzó el combate hasta que terminó.

Esperando la correcta contestación de vd., me es grato suscribirme su amigo y compañero que tanto lo estima como lo quiere.—FRANCISCO NARANJO.

Testimonio del Sr. Coronel Pedro A. Gomez.

Monterrey, Abril 23 de 1897.—Sres. Redactores de «El Espectador.»—Presentes.—Muy señores míos:

Contestando la atenta carta del Sr. Director de ese Diario, diré á vds. lo que puedo atestiguar acerca de la Batalla de Santa Isabel.

El día último de Febrero como á la una de la tarde llegó la División de Caballería del Ejército del Norte á la Hacienda de Santa Isabel. Mandaba esta División el entonces Coronel, hoy General Gerónimo Treviño; era segundo en jefe el entonces también Coronel, hoy General Francisco Naranjo; y el que suscribe también Coronel, fungía entonces como Mayor General de Ordenes de la División. Por lo que llevo expuesto se verá si puedo estar enterado de lo acontecido en esa batalla.

La División ocupó la Hacienda de Santa Isabel, y después de haber vivaqueado en ella, recibí órdenes del Sr. Jefe de la División, de acampar con todas las fuerzas en un llano que está frente á la Hacienda, y delante de un corral de cabras que existió allí. Estas órdenes quedaron cumplidas como á las cuatro de la tarde; ordenándoseme por el Sr. Treviño un poco después que, apenas entrada la noche, hiciera fogatas y quemara el corral de cabras á fin de hacer ver al enemigo nuestras posiciones; y que, tan luego como se hubiesen extinguido las llamas, trasladara la fuerza tomando posiciones y desplegándola en línea de batalla, haciendo centro en una pepueña colina, y extendiendo lo restante de las fuerzas en alas, á derecha é izquierda. Este movimiento quedó verificado á las diez de la noche.

Hasta ese momento ninguna noticia tuve yo de la llegada del Sr. General Viesca, y todas las órdenes las recibí directamente del Sr. Coronel Treviño. En estas posiciones permaneció el ejército, sin que volvieran á ser alteradas; si no es parcialmente por una nueva orden del mismo Jefe, cuya orden consistió en que las fuerzas que estaban desmontadas, se retiraran á tomar sus caballos. Cuando comenzaba á ejecutarse este movimiento, el Teniente Coronel Joaquín Garza Leal, Jefe de Día en esa ocasión, llegó á darme parte de que el enemigo se aproximaba, por lo que le ordené que con veinticinco caballos saliera á encontrar al enemigo, dirigiéndome yo á participar esta novedad al Sr. Jefe de la División, Coronel Treviño. En el camino encontré al segundo en Jefe, General Francisco Naranjo, quien me ordenó, bajo su responsabilidad, que suspendiera el movimiento, guardara las posiciones y esperara al enemigo, mientras consultaba con Treviño.

Ya para estos momentos se oía el fuego que hacía el Teniente Coronel Garza Leal sobre el francés, pues en cumplimiento de las órdenes recibidas, lo tiroteaba, atrayéndolo á nuestras posiciones;

llegando á quedar cortado del grueso de las tropas y logrando á fuerza de valor, incorporarse con ellas. Le ordené que tomara el mando de su columna; y para las seis de la mañana el combate era general, pues el enemigo atacó valiente y vigorosamente nuestras posiciones, siendo rechazado por nuestras tropas, que cargaron intrépidamente sobre el francés, forzándolo á arrojarle á un arroyo, donde cubiertas las salidas por las tropas republicanas, fueron hechos prisioneros todos los franceses que quedaban.

En resúmen: las posiciones que tomó la fuerza republicana fueron decididas por el Coronel Treviño: todas las evoluciones de Santa Isabel, fueron ordenadas por ese mismo Jefe; yo, como mayor General de la División, no recibí órdenes ningunas procedentes de otro Jefe; y solo vine á saber que el Sr. General Viesca estaba en Santa Isabel como á la una de la mañana que se incorporó la fuerza de este jefe y por haberlo visto al recorrer las líneas cumpliendo con mi cargo. El Sr. Coronel Treviño dispuso de los prisioneros y pertrechos de guerra, como vencedor de los franceses.

En mi leal opinión de soldado y caballero, creo y estoy dispuesto á sostener que el único jefe de la Batalla de Santa Isabel, fué el Jefe de la División de Caballería del Ejército del Norte, hoy General de División D. Gerónimo Treviño.

Autorizando á vdes. para publicar esta carta soy de vdes. Sres. Redactores, affmo y S. S.—PEDRO A. GÓMEZ.

Habla el Sr. General D. Gerónimo Treviño interpelando al General Viesca.

Monterrey, Abril 14 de 1897.—Sr. General Andrés S. Viesca.—Parras.—Muy estimado compañero y amigo:

Con no poca sorpresa he estado viendo en algún periódico que se publica aquí y aún en otro de Parras de la Fuente, sentar hechos que se relacionan con el combate de Santa Isabel, dado por nuestras tropas contra las fuerzas francesas y traidoras, mandadas por el Conde de Briand, Jefe de la Legión extranjera, el día 1º de Marzo del año de 1866.

Como en esas publicaciones no se dice la verdad y á nadie consta mejor que á vd., por haber sido testigo ocular de aquellas operaciones, es por esto que me dirijo á vd. para que se sirva co-

mo caballero y como soldado declarar quien fué el que dirigió en ese combate, las operaciones militares que dieron por resultado aquel espléndido triunfo para la causa de la República.

No creo que haya vd. olvidado, Sr. General, que cuando vd. se me incorporó con la fuerza de su mando, en número mas ó menos de doscientos hombres, entre 8 y 9 de la noche del día último de Febrero del citado año de 1866, yo tenía situado mi campamento en la llanura de Santa Isabel, de donde cambié mis posiciones, ya entrada la noche, según el plan que me había propuesto para esperar al enemigo, dado el caso de que me viniese á atacar; así que las fuerzas de vd. las coloqué en los puntos que me pareció conveniente, estando vd. conforme en todo, sin que por mi parte ni la suya se objetara mando ninguno, sino que siguiendo mi plan preconcebido para batir al enemigo, esperamos de común acuerdo los acontecimientos que era natural esperar, estando, como estábamos, al frente de él.

Mis nuevas posiciones fueron ocupadas por las tropas de mi mando, inclusive las suyas, y todo así dispuesto para el combate, sólo se esperaba la noticia que mis exploradores y líneas avanzadas dieran del avance del enemigo. Serían las 3 de la mañana del día 1º de Marzo en aquel año de 1866, cuando recibí el primer parte de que el enemigo se dirigía á nuestro campamento, dejándose oír ya los tiros de mis líneas avanzadas. Yo como soldado y en cumplimiento de mi deber, comuniqué á vd. los avances del enemigo, puesto que vd. se titulaba General, según recuerdo, preguntándole á la vez qué disponía. Vd. me contestó entonces que obrara yo como lo creyera conveniente, dejándome por consiguiente en entera libertad de acción. Mi contestación fué decir á vd.: «Está bien, Señor, así lo haré; pues no hay tiempo que perder.»

Para entonces los jefes de columnas estaban en sus puestos, inclusive los suyos, de conformidad con mis órdenes, tomando yo desde luego á mi cargo el centro de mi línea, en donde recuerdo haber visto á vd. durante el combate, habiendo ordenado yo á dichos Jefes cumplir bajo penas severísimas las órdenes dictadas por mí con anticipación.

El enemigo llegó por fin al frente de nuestra línea, ocupó parte de nuestras posiciones en la casa misma de la Hacienda, en donde había situado mi impedimenta y músicos del cuerpo de caballería de la legión del Norte; y siguiendo su ataque sobre nuestras

tropas, fué recibido con sorpresa por las dos alas izquierda y derecha de nuestra línea con nutrido fuego, porque mis órdenes habían sido de no disparar un solo tiro si no hasta que el enemigo se hallase á distancia de cuarenta pasos de nosotros. Así se efectuó, y después de ser rechazado el enemigo por dos veces, mandé cargar á las dos columnas de caballería, mandadas, la primera por el Mayor Joaquín Garza Leal, del Cuerpo Legión del Norte, y la segunda por el Teniente Coronel Emiliano Laing, de la fuerza de Vd.

Los dos Jefes cargaron al toque de degüello con laudable bizarria y decisión hácia el flanco derecho del enemigo, á la vez que nuestras tropas de á pié fueron lanzadas á una carga general y después de media hora, mas ó menos, de combate, quedó derrotado completamente el enemigo y hecho prisionero todo el resto de la columna francesa bajo el mando de un solo Oficial, único francés que había sobrevivido á la acción de armas, pues todos los demás habían sucumbido, incluso el Jefe Briand.

Todos los pertrechos del enemigo y cerca de cuatrocientos prisioneros traidores, sin recordar con exactitud el número, cayeron en nuestro poder, encontrándose entre ellos varios vecinos de Parras, que obligados por la fuerza habían concurrido á Santa Isabel y los que fueron puestos por mí inmediatamente en libertad.

Después de levantado el campo emprendimos la marcha con dirección á la Hacienda de San Carlos, y de hallí al Sobaco, con objeto de pasar á la Frontera, burlando así al General francés Douay que con fuerzas respetables pretendia reconquistar la pérdida de sus tropas vencidas.

Estos son, pues, los acontecimientos y esta tambien la verdad histórica, por mucho que escritores tan entendidos como el Sr. Vigil y algunos de menos entidad, hayan dicho ó escrito las cosas de distinto modo; porque sin duda, estando mal informados no pudieron estar en la verdad.

Yo no menoscabo ni escatino á nadie la gloria que por sus patrióticos servicios haya obtenido, combatiendo durante aquella lucha formidable, pero ya que se pretende (quizá maliciosamente) despojarme de la que me corresponde, he creído deber hablar como lo hago, pudiendo comprobar mis afirmaciones con la autoridad de jefes caracterizados, que viven aún, como el General de División Francisco Naranjo, coronel entonces y herido en esa vez;

así como con el Coronel Pedro A. Gómez, Mayor General de Ordenes de la División de Caballería, bajo mi mando, y con otros muchos testigos oculares y actores de aquel combate; y por último, con el mismo General Mariano Escobedo, General en Jefe del Ejército del Norte, á quien rendí el parte oficial, como superior mío y en cumplimiento de las órdenes que de él había recibido.

Perdone Vd., Sr. General, si lo distraigo con esta larga carta; pero en obsequio de la justicia y de la verdad histórica, me he visto compelido á hácerlo.

Soy de Vd. affmo. compañero, amigo y S. S.—GERÓNIMO TREVIÑO.

Parte oficial rendido por el Coronel

Gerónimo Treviño.

Cuerpo de Ejército republicano del Norte.—1.^a División de Caballería.—Coronel en Jefe.—Con esta fecha digo al C. Gobernador y comandante Militar del Estado de Coahuila, Andrés S. Viesca, lo que sigue.

«Tengo el honor de poner en el superior conocimiento de Vd. que en cumplimiento de las órdenes que recibí en C. Linares por el Gral. en Jefe C. Mariano Escobedo, emprendí mi marcha de Villaldama con la 1.^a División de Caballería, compuesta de ochocientos caballos con dirección á la Villa de Parras y con el objeto de reforzar el movimiento que vd. debería efectuar sobre el mismo punto, para batir á los imperialistas que á la vez ocupaban aquella plaza. Como en el camino fuí enterado de los acontecimientos habidos entre las fuerzas de su digno mando y las de Campos, y que á consecuencia de estos sucesos se dirigía de la plaza del Saltillo una columna de franceses en número de doscientos, poco más ó menos, desde luego concebí la idea de batirlos en el tránsito; pero en la Hacienda de los Cabos fuí informado que éstos habían llegado ya á Parras y, según parecía, trataban de defenderse en unión de la fuerza de Campos que también se encontraba en aquella Villa.—En este mismo pun-